PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Febrero de 1921. Núm. XXXII.—Año V.

DE LA FORMACION DE UNA LENGUA PLATENSE

(Capítulo de la obra inédita "Introducción a la Historia de América")

Alberto Zum Felde, cuya labor crítica, sociológica y literaria lo destaca vigorosamente en nuestro escenario intelectual, prepara en estos momentos una obra titulada "Introducción a la Historia de América", la que, sin duda alguna, será una nueva revelación de su originalidad, valentía y talento.

Verdaderamente complacidos adelantamos un capítulo inédito de esa obra, que su autor ha tenido la deferencia de ofrecer a los lectores de PEGASO.

Son ya evidentes, para el observador, los síntomas de la formación de una lengua nacional popular en

el Río de la Plata, distinta del castellano que poseemos por la historia y por la cultura.

El lenguaje popular rioplatense — no el gauchesco de los campos, sino el cosmopolita de las ciudades — está muy lejos del castellano hablado popularmente en España. Es un castellano corrompido, híbrido de varios elementos, y que tiende a diferenciarse cada vez más de aquél.

La formación de la lengua platense se halla, pues, en su primer período: en el de descomposición de la lengua materna. Tal es el proceso de formación de las lenguas romances. El castellano es nuestro latín.

Este fenómeno se opera con mayor intensidad en Buenos Aires, cuyo arrabal puede considerarse el foco de esa corrupción lingüística.

Mientras el núcleo central de Buenos Aires es casi enteramente europeo y puede parecerse al centro de cualquier gran ciudad de Europa, el enorme arrabal que le rodea, es ya una cosa genéricamente argentina. El centro es el núcleo de la burguesía extranjera, comercial, industrial, profesional, y de la sociedad porteña europeizada; el arrabal es el medio popular, donde se mezclan italianos, españoles, rusos, criollos, mulatos, mestizos, (1) proletariado multiforme y pintoresco, que da tema al sainete de costumbres, tan abundante en nuestro teatro. En el arrabal se mezclan y producen hábitos, caracteres y expresiones especialísimas. Las costumbres, cantos, bailes, modas y expresiones del famoso arrabal porteño del tiempo de Rosas, pasan con bizarras modificaciones a los nuevos elementos cosmopolitas que llegan, trayendo a su vez costumbres, cantos, bailes y expresiones, de sus países. Se forma así un elemento heterogéneo, inculto y pintoresco, que circunda al núcleo europeo y lo va contaminando de sus caracteres.

(1) Llamamos convencionalmente "mulatos" a los cruzados de negro y blanco y "mestizos" a los de blanco e indio.

El tango, hijo del arrabal, derivación de la milonga, pasa a ser el baile nacional por excelencia, como antes lo fuera el pericón, hijo de la campaña. El compadre del arrabal da algo de su bizarría y de su desplante al elegante porteño de la calle Florida El habla híbrida y bárbara del arrabal, se infiltra en el lenguaje de la gente burguesa, y se oyen sus frases en las calles, cafés, teatros y fiestas de la ciudad. El arrabal invade a Buenos Aires, se extiende al interior del país, y pasando el río, hace sentir su influencia en Montevideo; tal es la fuerza expansiva y reproductiva que posee.

El lenguaje corrompido e híbrido del arrabal — y damos aquí a *arrabal* un sentido algo simbólico, comprendiendo en él a dos tercios de la vasta población porteña — constituye aquel principio de transformación del idioma a que aludimos al comenzar, saliendo del castellano el argentino (o platense), como del latín salió el castellano. Todos los idiomas nuevos son corrupciones populares de los idiomas maternos.

Estas consideraciones no equivalen a afirmar que el *lunfardo* actual llegue a ser la lengua rioplatense. Sólo afirmamos que esa fabla popular, así híbrida, así bárbara, así baja, es el fermento de la descomposición del idioma que, *necesariamente,* ha de producirse en estas tierras.

La transformación del castellano en América tiene que ser un hecho inevitable, como consecuencia del cambio de los caracteres. El lenguaje no es una cosa artificial y arbitraria que pueda imponerse, quitarse, modificarse: es un fenómeno psico-social. Cambiando la psicología cambia el lenguaje. El *alma* de los idiomas es la idiosincrasia misma del pueblo que los habla; por eso se dice de quien posee a fondo una lengua, que

piensa en esa lengua. Las masas nacionales de América tienden a modificar el español a medida que sus caracteres se modifican. El castellano corrompido del arrabal porteño, mezcla de español, de italiano, de criollo, de indígena, de francés, es el lenguaje natural del pueblo, corresponde a su composición étnica, a su ambiente social y a su psicología. Por eso tiene un gran poder de difusión y se va infiltrando aún en las clases medias de la ciudad. Es en vano oponerse a este hecho, en nombre de sentimentalismos hispanófilos, o de principios culturales: obedece a leyes históricas. Llegará un momento en que, en el Río de la Plata, se hablarán dos idiomas: el rioplatense del pueblo y el español castizo de las élites urbanas. Tal ocurrió con el latín y los romances, en la Europa de la edad media. La lengua docta y literaria seguía siendo el latín. El pueblo hablaba en romance, que no era más que un latín corrompido, mezclado con dicciones y giros de varias lenguas. Así como nacieron el español, el italiano y el francés, nacerá una lengua platense. Para conservar puro e intacto el español sería preciso conservar puros e intactos los caracteres españoles. Tal cosa no ocurre; América es hoy cosmopolita y se va haciendo americana; luego su lengua, cosmopolitamente corrompida hoy, será definidamente americana más tarde.

A los muchachos se les enseña en la escuela un español más o menos correcto; pero en su hablar prima la lengua de la calle, que es la lengua viva de la multitud.

Cuando esta lengua ya esté semiformada, o por lo menos definida, llegará la literatura a recogerla, a expresarse en ella, a completarla, a darle formas gramaticales y estéticas.

ALBERTO ZUM FELDE.

VERSOS EN PROSA

La ventana iluminada

Todas las noches
voy al través de los campos
hacia el chalet solitario que se eleva
en el altozano del paisaje.
Como un ladrón me acerco,
disimulándome
entre los árboles,
y miro, el alma arrobada,
la ventana iluminada.

Yo no sé
quienes viven allí; pero allí vive
la felicidad.
Ese cuadrado de luz sobre la noche
es el hogar,
el hogar quieto, tibio, como un seno,
cuajado de alegrías y de risas,
lleno
de esperanzas y de anhelos.
A veces,
escalan la ventana iluminada
risas de niños,
como guirnaldas de jazmines blancos;
a veces,
es el són de un piano que desgrana

en la calma nocturna
los acentos eternos de Beethoven
o los suspiros de Chopin;
a veces, también,
es la voz de una mujer joven,
la voz de una madre joven,
feliz y enamorada,
que pasa sobre el silencio
con un batir de alas
de lenta mariposa.

Y yo, mirando la prodigiosa
ventana iluminada,
siento que también se me ilumina el pecho
con una luz misteriosa,
con una luz de blanca seda,
que me llena de cordial tibieza,
que me inclina a soñar y a ser poeta.

Y aquellas músicas
que vuelan de la ventana iluminada
en enjambres de notas, como pájaros
invisibles, como pájaros luminosos
de luz negra,
son las más bellas,
son las más tiernas
que he oído yo en mi vida. Y es por eso
que al regresar a mi casa
tengo siempre en las pupilas
un zodíaco de lágrimas.

Yo no sé
quienes viven allí; pero allí vive
la felicidad.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

UNA MADRUGADA

Al frente, portera de un cerco en el que se enreda una madreselva. Junto a ella un álamo. Por el suelo, musgo. Al fondo, la casa. Amanece.

El álamo (sacudiéndose). — La noche me ha llenado de diamantes. No puedo con el peso de tantos. Toma algunos, musgo.

El musgo (a sus pies). — Gracias, álamo. Los esconderé bajo mi vestido rizado, pues si los ve el sol me los robará.

Un pájaro (desde una rama del álamo). — Pi... Piii... Piiii... Toda la noche soñé contigo, sol. Me parecía que iba a buscar pajuelas para mi nido y, en vez de ellas, traía rayos tuyos, pequeñitos como briznas. El nido era tan resplandeciente que un duende, creyéndolo de oro, quiso llevárselo. Pero se quemó los dedos.

El sol. — Todos sueñan conmigo. Todos me aman. Y asimismo, ¡qué solo estoy! A veces quisiera ser tan pequeño y tan humilde como tú, gorrión, para tener un nido, una compañera que me besase, alguien a quien yo poder besar también sin hacer daño, como todo el mundo. Una vez me enamoré de una fuente, y loco, no hacía más que llenarle de cintas multicolores el penacho de su surtidor. Pero el amor de los poderosos es un peligro, gorrión. Y ella, casi consumida por el mío, se escondió horrorizada bajo la tierra, y ahora corre, suspirando, lejos de mis ojos. Me está prohi-

bido gozar un amor, ya lo ves. Tengo que repartir equitativamente mi calor entre todas las cosas del mundo. ¡Ah, cómo pesa ser grande! Si pudiera convertirme en cualquier sér humilde, en una matita de musgo, en un pájaro, en una enredadera...

El viento. — ¡Vean ustedes qué buen olor a flores traigo! Los naranjos de la huerta han amanecido con casi todos sus capullos abiertos. Quise robarles un puñado de pétalos, pero no pude. Son unos avaros. Reconcentran toda su fuerza en las corolas y no hay quien deshoje ninguna. Les pediré a las manzanillas del campo que me den un montoncito de las suyas. Quiero poner algunas en la cruz de aquel hombre que asesinaron la otra noche. Me da una pena!... Era un muchacho rubio, y estaba enamorado. Pero, como la novia se casará con otro, y no tenía madre, nadie le ha puesto siquiera una flor.

El musgo. — Toma también una matita mía. Me multiplicaré afanosamente para que tenga una capa de terciopelo verde.

La madreselva (sacudiéndose). — Ahí tienes pétalos, pistilos, pólen. Déjalos sobre su tierra. Se filtrará hasta su cuerpo el olor del Verano.

Una nube que pasa. — Adiós, adiós, álamo, musgo, madreselva, gorrión. Traigo un cantarito lleno de agua. ¿Quieren ustedes beber?

El álamo (al musgo). — ¿Tienes sed, pequeño?

El musgo — Por ahora, no. Pero dile que no se aleje demasiado, pues, si no, empleará muchos días para volver, y entonces, sí, la tendré.

El dán-dán... de una campana. — ¿Han rezado ustedes la oración matutina? ¡Estoy segura que por charlar se han olvidado de saludar a Dios!

El viento, la madreselva y el musgo. — ¡Ah, sí! Pero él nos perdonará porque hemos hecho, en cambio, algo que le será grato. Este amanecer, campana, reunimos ofrendas para un muerto del que nadie se acuerda.

(Llega una carreta cargada de ramas verdes).

Los bueyes. — El camino está lleno de rocío. Da gusto hundir las pezuñas en el pasto. Parece que uno pisa cuentas.

El álamo (a las ramas del carro). — ¡Adiós, gajos de espinillos! ¿Sufren ustedes mucho?

Las ramas. — ¡No! Ya somos viejas y apenas si teníamos fuerzas para brotar. Ahora vamos a convertirnos en leña. El fuego nos pondrá collares de colores. Seremos llama y después nube. Desde el cielo te saludaremos, álamo.

La carreta. — Estoy toda húmeda y toda fragante. Parece que trajera en mi falda a la selva entera. Y en uno de estos gajos viene colgada una casa de mariposas. ¡Qué lástima que no se abra ahora mismo! Mis viejos ojos se alegrarían viendo el deslumbramiento del gusanito con alas, ante el hermoso espectáculo de esta viva mañana de Enero. Procuraré no perder esto de vista. ¡Como que descanso cerca de la leñera!...

El hombre que conduce la carreta, abriendo la puerta de la cerca. — Hice bien en madrugar. Va a hacer un día de calor terrible. Ahora ya tenemos leña para todo el mes. Rosa se pondrá contenta.

JUANA DE IBARBOUROU.

POEMAS

De "El nunca usado mar"

DESCONOCIDOS

I

¡Caminar, caminar,
por los muelles dormidos de los puertos
de la ciudad natal!
Y ver oscuros hombres...
Inmigrantes
de América,
acurrucados como canes viejos,
tomando el sol en la amplitud marina.

Oscuros hombres,
que nunca vimos, ni soñamos ver...
Y mirarlos de pronto, y soportar
en nuestros ojos
el doloroso haz de sus miradas...

II

Caminar, caminar
por los dormidos muelles interiores
y ver acurrucados

en lo más hondo del cansado espíritu,
vagas angustias, muertas o en olvido,
ideas nuevas nunca sospechadas,
semillas de otras almas y países!

Hallarse con los ojos,
de esos desconocidos que se nutren
con lo más vivo de la entraña nuestra

Han estado tal vez años y años
sólo por aguardar nuestra visita!

Nosotros, ignorando que existieran
esos hijos ocultos...

Sin embargo,
ellos se elevarán pesadamente
de su quietud y con los ojos ávidos
en el Destino nuestro,
nos seguirán como pesados canes...

¡Ya no nos dejarán, nunca, jamás!

En el año 1920

LA TELA

I

—Nosotros, soñadores,
¿conocemos la forma de los sueños?
¿Acaso la hemos visto alguna vez?

—Nosotros, los amantes,
¿qué sabemos del rostro del amor?

—Nosotros, cantadores,
sordos para las músicas internas,
jamás oímos nuestros propios cantos.

—Nosotros, los mineros,
no lucimos la joya que un instante
quedó brillando en nuestras toscas manos.

—Nosotros, los diamantes,
no gozamos la luz que desprendemos
ocultos en las minas o en las gemas!

—Nosotros, forjadores,
no habitamos los mundos ilusorios,
que ascienden sobre el arco de las sienes!

—Nosotros, los cristales,
no guardamos, del sol que nos traspasa
ni un rayo, y ni una chispa de la estrella!

—Nosotros, los luceros,
nunca tememos la luz que nos consume
y nos helamos en la oscura noche!

Nosotros, navegantes,
no poseemos las islas reveladas
allá en el dorso azul de los océanos!

—Nosotros, artesanos o arquitectos,
nunca veremos fulgurar al sol
la catedral que se construye en siglos.

II

—¡Todos Poetas!
Ciegos para los íntimos tesoros,
para lo bello que las manos crean
y el Bien, que de la entraña fluye unánime!

Oh, tapiz doloroso el que tejemos!

Los demás ven en él la maravilla
absoluta que nunca hemos de ver
Poetas!
Hilanderos, condenados
como los tejedores medioevales,
a hilar sólo al reverso de la tela!

1930

EMILIO ORIBE.

LA OTRA ROMANZA

Es tan suave querer...

Por quererte mucho te perdí; tal vez se apoderó de tu espíritu inquieto el enome cansancio de mi grande amòr.

Juntos los dos. Siempre juntos.

¡Cómo me parece extraño repetir esto!, porque ahora yo no sé bien si ha sido un trágico viento o una leve brisa la que nos ha echado por diferentes caminos que debemos forzosamente recorrer.

El mundo está lleno de caminos así. Pero unos son ásperos, otros no. Y el mío, ¡oh, bien que lo sé!, está lleno a más no poder de espinas y malezas y rocas, sin nada que me dé alegría, porque ni siquiera hay agua que apague mi sed.

¡El hijo...! Yo sé como será.

Antes te quería mucho. Si hasta es pueril que lo repita como loco, mil, cien mil veces al día.

Toda mi existencia fué amor para tí.

Pero eso está muy lejos.

Para mí un gran dolor que llevar como peso inerte que fatiga; menos mal que va envuelto en niebla de tristeza y no me matará.

Tus cabellos rubios y sedosos entre mis dedos finos.

Tu boca sobre mi boca, ávida de morderte y fundir en un beso, como si fuera posible, nuestras dos almas tan distintas, en una sola, ¡oh, quimera azul!

Luego las caricias. Manos que recorren los cuerpos.

Temblor de carnes blancas, las piernas se enlazan fuertemente, y tú y yo... estamos en un beso, en uno solo, largo como la vida, hondo como el tiempo. .

Llevo como grabada a fuego tu mirada, esa tu mirada de los ojos azules.

Llevo, llevo tu retrato entero, rasgo por rasgo, acto por acto, y tu querer escaso que se mezcló arteramente con mi sangre roja, circula por mis venas cuando circula ella.

Yo te quiero a pesar de todo. Alimenté sueños dorados en los que tú y yo vivíamos como antes, felices. felices, alegres y un poco tristes. Sueños que se desgarraron violentamente. Toda mi ilusión tan cerca de la realidad se vino al suelo.

Pero eso está muy lejos.

Es tan suave querer...

Por quererte mucho te perdí: tal vez se apoderó de tu espíritu inquieto el enorme cansancio de mi grande amor...

Siento sobre mi boca helada el fantasma de un beso largo como la vida, hondo como el tiempo.

ROBERTO SMITH.

IGUALDAD

Según nos afirma persona de nuestra absoluta confianza, Benjamín Vélez es un joven uruguayo, de veinticinco años, de raza negra y de profesión humildísima.

Como lo resaltan estos versos, hay en él un poeta encauzado en las modernas corrientes, libre, sutil y optimista. PEGASO *lo presenta en la esperanza de hacer una singular revelación.*

Hay muchas cosas que me están prohibidas,
Mas, tirado de espaldas sobre el pasto
Hondo de la cuneta,
Con la pipa prendida entre los dientes
Yo soy feliz.

Un pedazo de tierra y un pedazo de cielo;
Un rulo de humo y un triángulo de sol ...
Hoy soy así un hombre como todos....
Como tú, hombre rubio,
Que al pasar a mi lado sonreíste burlón.
Tengo tu mismo sol, tu mismo cielo,
La misma tarde clara de verano
Disfrutamos los dos.

BENJAMÍN VÉLEZ.

PIEDRA CON PALO

TRADICIÓN

Allá por los años de gracia de 1770, la ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca, ahora tan pulcra, era, en lo material, un horror: sus calles eran verdaderos muladares a donde los vecinos arrojaban de sus casas toda clase de inmundicias; ni una sola calle tenía empedrado y numerosas piaras de cerdos paseaban por aquellos albañales, intransitables por el polvo en verano, y en donde, en invierno, perecían ahogadas en el fango las cabalgaduras.. Nuestros abuelos, consecuentes con el antiguo refrán de que hay que barrer para afuera, así lo hacían, pero se contentaban con dejar la basura en el portón.

Cuenca, hasta 1771 fué un simple corregimiento: en esa fecha fué erigida en Gobernación, siendo su primer Gobernador don Francisco Antonio Fernández, a quien sucedió el célebre don José Antonio Vallejo y Tacón, que gobernó aquellas partes dándose humos de Rey.

Era el tal un español de abolengo, nacido en Cartagena de Murcia, de padres muy calificados, y desde su mocedad se había dedicado a la marina, en las galeras reales, en las que siguió su carrera con lucimiento, ganando sus grados uno a uno, como antaño se estilaba.

Habituado a la dura disciplina del mar y a la escrupulosa limpieza de bordo, quedóse horrorizado Vallejo al ver el aspecto de la ciudad que venía a gobernar, y, desde que se posesionó de su destino de Gobernador de Cuenca y su distrito, en Diciembre de 1776, se propuso gobernar más con la escoba que con la vara de la Justicia

Alguien dijo que muchas veces hay que hacer el bien a palos. Vallejo hubo de encontrar que quien tal dijera tenía razón sobrada.

En su afán de mejorar el aseo de la ciudad, presentáronsele al Gobernador obstáculos que para otro carácter que el suyo, hubieran sido insuperables; tuvo que luchar contra viento y marea para lograr su intento, pues que se lanzaron contra él frailes y beatas, gentes que vivían *en olor de santidad,* como si dijéramos... Con razón me digo yo, que el olor de santidad nada tiene que ver con el de un perfume de Cotty o Lentheric!

En su entusiasmo civilizador, Vallejo creó un cuerpo de milicianos, como no se había visto hasta entonces en Cuenca: perfectamente uniformados, a la moda de los Cadetes de España, limpios, disciplinados...

Los frailes franciscanos de la ciudad tuviéronle tan a mal, que un Jueves Santo, llevando tan lejos el desacato al Gobernador, en el *Monumento,* vistieron a Judas con el uniforme de los milicianos de Vallejo. Los frailes Agustinos predicaban horrores contra Su Merced, con alusiones mal veladas, hasta tal punto, que uno de ellos hubo de salir desterrado de la ciudad.

Con todo esto, las relaciones entre las dos potestades, civil y eclesiástica, estaban de lo más tirantes: los empleados civiles y los señores de la Curia andaban de picos pardos. Su Merced el Gobernador y Su Ilustrísima el Obispo, no se podían ver ni en pintura.

La diócesis de Cuenca fué establecida por Carlos III, en 1779, desmembrando su territorio del inmenso Obispado de Quito, del que era entonces Obispo el Illmo. señor don Blas Sobrino y Minayo, hombre de admirables virtudes, que tuvo la inocente manía de legarnos sus retratos por docenas.

Fué el primer Obispo de Cuenca el Illmo. señor José Carrión y Marfil, natural de Estepona, en el Reino de Málaga, y primo hermano del Presidente de la Real Audiencia de Quito, don Juan José de Villalengua y Marfil.

El señor Carrión y Marfil, que vino a América en compañía del Arzobispo Virrey de Bogotá, don Antonio Caballero y Góngora, debió a tan alta protección sus rápidos ascensos: en Bogotá se encontraba, como Obispo auxiliar, cuando fué promovido al Obispado de Cuenca, del que tomó posesión en 1785.

Una vez en su Obispado, el señor Carrión no pudo menos que llegar a encarnar en su persona lo que podemos llamar la oposición contra el Gobierno. Oficios van, notas vuelven, entre Prelado y Gobernador: el uno reclama que los clérigos y los frailes se moderen en sus predicaciones, el otro contesta haciendo valer las inmunidades eclesiásticas; el Gobernador sostiene el Real Patronato, y el Obispo la dignidad de la Iglesia, y, en tan ardientes polémicas, los ánimos se van agriando...

* * *

Era el Jueves Santo del año de 1786, primer año en que se habían celebrado en Cuenca los Oficios Pontificales de Semana Santa. La concurrencia a las sagradas ceremonias era enorme, dado lo grande de los misterios que se conmemoraban en aquel santo día, como también la novedad de ver pontificar al Obispo.

Por supuesto, allí estaba, en su escaño de honor, y

como representante de la autoridad del Regio Patrono, el Gobernador. El Muy Ilustre Cabildo y Regimiento de la Ciudad asistía en corporación, sentados sus miembros al lado de la Epístola, como el Gobernador lo estaba al lado del Evangelio, cerca del altar en que el señor Carrión y Marfil, asistido de sus canónigos, oficiaba.

A cada *Dominus vobiscum,* el Prelado y el Gobernador se mostraban casi los dientes. Llegó, por fin, el momento de la comunión general. Al Gobernador, como representante de la Persona Real, le tocaba comulgar el primero.

Con las manos sobre el pecho, en actitud reverente y devota se acerca Vallejo a recibir de manos del Obispo la sagrada forma. *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi,* pronuncia vuelto al pueblo el Obispo; todos rezan, se golpean los pechos pidiendo al Altísimo que les quite los últimos tufillos de pecado que no hubiere hecho desaparecer el sacramento de la penitencia.

El Gobernador, a los pies del Prelado, espera.

Corpus domini nostri Jesu Christi, dice éste, y Vallejo abre la boca, cierra los ojos contrito, para recibir el cuerpo de Dios. Mas, ¡oh, poder del odio!, ¡oh, poder de la venganza! No recibe la sagrada forma, sino un terrible puñetazo, que le incrusta en los labios la *esposa* del Obispo, y que de poco le deja sin dientes. El señor Carrión, no le deja tiempo para la protesta, sino que le tapa la boca — es el caso de decirlo — con la santidad misma del sagrado sacramento, y al tiempo que el golpe en los labios, Vallejo siente que sobre su lengua se ha posado la Majestad de Dios...

Así se encontraron piedra con palo. El Gobernador desterraba frailes irreverentes, el Obispo irreverente aporreaba al Gobernador.

Quito.

CRISTÓBAL DE GANGOTENA Y JIJÓN.

A PESAR DE LA CRUZ

La chanson raccourcit la route
(Adagio francés).

Para ver si se acorta el sendero
llevemos siempre un canto a flor de labio.
Aunque pese algún trágico madero
sobre sus hombros será el hombre sabio
si olvidándolo canta en el sendero!

Y será un sabio el triste peregrino
que deja sus alforjas fatigado
al borde del camino
y el propio llanto apura emocionado
como si fuese un milagroso vino
para seguir cantando en el camino!.

Cantar bajo el sol de oro
el verso sonoro;
¡y con la lírica canción
llenar de oro el corazón!

Y si la ruta es triste y larga
que diga la canción amarga
el labio lleno de emoción
temblando como un ala o como un corazón!

Cantar la canción dulce del regreso
o la amarga canción de la partida:

¡ la que se inicia con un beso
o la que florece de una herida!

sobre la arena fatigosa
de los caminos deshojar
nuestra canción, como una rosa
al azar...

Cuando en la noche sombría
marchan los dromedarios del tedio
que se convierta en melodía
hasta el dolor sin remedio!

Y aún el amor incomprendido
y aún el traicionado amor
que en el sendero recorrido
den al corazón herido
Como un sagrado fulgor.

Cantar, llorando, en la partida,
cantar en medio de la senda;
aunque se tenga el alma herida
aunque ninguno nos comprenda,
¡Cantar! ¡Cantar!

MARIO MENÉNDEZ.

EL AFORTUNADO SEÑOR ENRÍQUEZ

I

S. E. el señor Ministro, estaba realmente abrumado. Esas dos horas de audiencia que concedía al público una vez a la semana, exigían de él mayor esfuerzo que todos los asuntos abarrotados en su cartera ministerial. Era aquello un desfile sin fin de postulantes que, como una ola de la miseria vergonzante de la clase media, iba a romperse semanálmente al pie del artístico escritorio de S. E. No es que el señor Ministro tuviese una sensibilidad capaz de afectarse ante tanta miseria irremediable. El espectáculo le era familiar, y ya poseía a fuerza de tiempo una filosofía diamantina donde escudar su corazón. No; no era ese el aspecto que de aquellas audiencias le cansaba. Tampoco era encontrarles solución a los infinitos problemas domésticos renovados cada cinco minutos por los postulantes. El señor Ministro no ignoraba que, a pesar de su variedad vertiginosa de formas, en el fondo no existía más que un problema, y, por lo tanto, una sola solución. El problema se llamaba necesidad; la solución, promesa. Y así, con promesas, iba despidiendo a los que por primera vez habían llegado hasta él, conducidos por la esperanza y por la fama del Ministro filántropo y demócrata...

El aspecto difícil, la parte escabrosa de aquellas dos horas de audiencia, eran los veteranos de antesalas,

ministros al revés, o contraministros, pues si la ciencia ministerial era prometer y prometer, la ciencia de estos veteranos era pedir y pedir, a través de las semanas, de los meses, de los años... Y de esta forma, S. E. se veía en la necesidad de alimentar constantemente, con nuevas promesas, las esperanzas consecuentes y sabias de los veteranos, hasta el día que, derrotado, S. E. les daba un destino.

Aquel día había dado tres destinos. En consecuencia, estaba de muy mal humor cuando el secretario le anunció una nueva persona.

—¿Todavía?

—Es la última, señor Ministro, — dijo el Secretario.

—Bueno, que pase. — Y S. E. se engolfó en la lectura aparente de un papelote que estaba ante sus ojos con aquel fin. Cuando oyó que había entrado el último visitante, dijo secamente, sin levantar la vista del papelote que fingía leer:

—Sea breve, señor.

—Señora, señor Ministro — dijo una voz que hirió suavemente, pero con inconfundible acento de dignidad, los oídos ministeriales.

El Ministro levantó la vista con presteza. Estaba frente a una dama bellísima, elegantísima, bien distinta, por cierto, de las demás mujeres que, con una súplica en los labios, habían desfilado esa tarde.

—¡Ah, disculpe usted, señora!... ¡Estaba tan abstraído!... Tome asiento.... ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Le he enviado mi tarjeta, señor Ministro.

—¿Su tarjeta? Sí, puede ser... Pero usted comprenderá... Si fuésemos a leer todas las tarjetas que nos caen...

—Lo compadezco, señor Ministro... Y le tendió una leve y perfumada esquela.

—¡Ah, es usted la esposa del señor Enríquez? Es para mí un alto honor... ¿Y a qué debo el placer de su visita?

—Seré breve, como usted lo desea...

—No rezaba con usted, señora...

—Pues bien, no siento remordimientos de robarle su tiempo. Hasta me considero con un poquito de derecho.

—Con todos los derechos, — afirmó el Ministro amablemente.

—No, señor; con un poquito no más Y este poquito me lo he ganado por haber tenido la paciencia de esperar a que se fuese el último de sus visitantes de esta tarde. No quería robarles su tiempo, porque yo sé que vienen a pedir la ayuda generosa del señor Ministro. Porque todos piden, ¿verdad, señor Ministro?

—Sí, todos piden.

—¡Es horrible! ¡Cuánta miseria! Hay que reconocer que tiene su lado ingrato el ser Ministro.

—Tiene sus compensaciones, señora...

La dama pareció no advertir la amabilidad y la intención que puso en su frase S. E., porque dijo de pronto:

—Es un asunto de mi marido que me trae. ¿Usted conoce a mi marido?

—Sólo de fama, señora. ¿Y quién de fama no conoce al afortunado señor Enríquez? Todo el mundo se hace lenguas de su suerte en los negocios.

—Sí, mi esposo tiene alguna suerte para los negocios, no se puede negar... Veamos si esta vez no se desmiente, por más que no es un negocio exclusivamente suyo... Yo también tengo mi parte...

—¿Usted, señora?

—Sí, pero mi participación en el negocio es puramente platónica.

—¿Platónica? No comprendo...

—Verá usted... Y le tendió un rollo de papel, que

el Ministro abrió sobre su escritorio para echarle una ojeada.

—Se trata del cambio de las chapas de la nomenclatura de la ciudad, ¿no es eso, señora? — preguntó S. E. después de un rápido examen del papelote.

—Eso mismo, señor Ministro. Es una propuesta ventajosa que presenta mi marido...

—¿Y se puede saber en qué consiste su participación platónica? — preguntó sonriendo el Ministro con cierto retintín, que la dama no tenía interés en advertir.

—Es muy sencillo. Las chapas actuales son feísimas... Son de un mal gusto que crispa los nervios... Francamente, yo no puedo verlas, señor Ministro, sin un sentimiento de disgusto... Por eso se me ocurrió cambiarlas, y le pedí a mi esposo que presentara esa propuesta... Mire el modelo, señor Ministro; no podrá usted negar que es elegantísimo... La ciudad parecerá otra... Los detalles tienen mucha importancia en la toilette, señor Ministro... He ahí cuál es mi participación platónica... Esta es la razón por que he venido yo, y no mi marido... El sería un abogado frío, comercial.... Yo soy una entusiasta defensora del cambio, por razones de estética, nobles, casi desinteresadas...

—Pero, señora; ¡si apenas hace dos años que cambiamos totalmente las chapas de la nomenclatura! ¡Qué va a decir el pueblo! No es tan fácil como parece, señora... Yo estoy de acuerdo con usted en que las chapas actuales son de muy mal gusto, y en que el modelo que propone su esposo es artístico, pero vaya usted a convencer al pueblo con esas razones que para nosotros tienen tanto peso!... No puede ser, señora, no puede ser .. Crea que lo siento...

—¿Es esa su contestación definitiva, señor Ministro? — dijo la dama poniendo mucho vinagre y mucha gracia en un mohín, que tuvo para el Ministro más eficacia que una interpelación de la extrema izquierda.

—Este... — tartamudeó — tanto como definitiva... Habrá que estudiar el asunto... déjeme la propuesta, y veremos...

—¿Entonces cuándo debo volver para conocer su opinión?

—Dentro de tres días, señora. Le daré una audiencia particular.

—Muchas gracias... Es usted muy amable, señor Ministro, pero ya no tengo esperanzas...

—¿Y por qué? ¡Quién sabe!... Yo pondré mi mejor voluntad.

—No, no, — dijo moviendo tristemente la graciosa cabeza. Ya no tengo esperanzas... Será el primer negocio que le fracasa a mi marido, y eso se debe exclusivamente a mi intervención... ¡Ah, yo no tengo suerte, no tengo suerte, señor Ministro!...

S. E. creyó advertir una lágrima en los hermosos ojos de la dama, una lágrima tenue, que apenas los empañaban, y se conmovió. Verdad que esa misma tarde había visto lágrimas de verdad, gruesas y positivas, en unos cuantos ojos femeninos que las vertieron por dolores reales y verdaderos, dolores de madre, de esposa, de hija. Pero si el señor Ministro estaba preparado para resistir a estas manifestaciones que eran gajes de su oficio, no lo estaba para permanecer impasible ante unos ojos hermosos levemente empañados por un dolor sutil, refinado y de buen gusto, como lo era sin duda el de aquella dama empeñada, por razones estéticas, en cambiar las chapas de la nomenclatura de la ciudad.

Y S. E. la confortó:

—Haré todo lo que esté en mis manos, señora.

La dama lo miró con una mirada de agradecimiento que quedó clavada en el corazón ministerial, y se despidió.

Una estela de ese discreto perfume que flota en la línea difícil que separa lo mundano de lo recatadamente

chic, quedó tras su partida. Y S. E. restregándose las manos, exclamó:

—¡Tiene sus compensaciones, tiene sus compensaciones¡

Sin duda oponía sus sentimientos de ese minuto, al desagradable recuerdo de los tres destinos que le habían arrebatado esa tarde otros postulantes conocedores del oficio.

II

—¿Qué tal ese Ministro, Renata? — preguntó el señor Enríquez al ver entrar a su esposa en su despacho.

——Un ogro, querido! ¡Y los humos que se da el ministrito! ¡Figúrate que tomó la propuesta, y apenas si se dignó echarle una ojeada

—¿Pero no te dió una contestación?

—Me dijo que volviera dentro de tres días.

—¿Y vas a ir?

—¡Naturalmente! ¿O crees que voy a dejar escapar un negocio como ese?

—¡Claro que no! Representa unos cuantos miles No hay que dejarlo escapar.

—Y no lo dejaré Demasiado me conoces

—Es verdad. Hay que hacerte justicia.

Renata arrojó su piel de cibelina en una silla, de donde resbaló hasta el suelo. Poco después roncaba sobre la suntuosa prenda femenina, un hermoso gato exótico.

Los esposos Enríquez se repantigaron en sendas butacas, dignas de sus ocios, butacas concebidas por el genio de la holganza.

Dentro, los muchachos metían una batahola insoportable para otros que no fueran los esposos Enríquez.

Entró Gloria, la hija mayor, fresca joven de diez y ocho años, y se puso a bailar una danza escabrosa, para que sus padres conocieran el último figurín coreográfico — al compás del piano golpeado por su hermana Margot

en el gabinete contiguo Y bailó Gloria con donosura, sin retacear nada a la amplitud de los movimientos exigidos por la danza, los que adornaban el último figurín coreográfico con inquietos motivos de puntillas y cintajos íntimos.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamaron los padres, aplaudiendo encantados cuando terminó el número de baile.

Era esta una familia de millonarios sin millones El oro corría allí con una abundancia de cuento de hadas. ¿De dónde salía? Ni ellos mismo podrían precisarlo de una manera concreta El genio financiero del señor Enríquez, y sobre todo de la señora, renovaban constantemente el milagro de mantener aquel chorro de oro que entraba por una ventana de la casa para salir por otra. Porque ellos no serían nunca dueños definitivos de un centésimo, pero sus manos eran algo así como un puerto de tránsito, como un pasaje obligado por el que rodaban sin cesar las monedas, despeñándose desde los negocios fabulosos, audaces, inverosímiles, hasta el agujero del derroche sin tasa, de la fiebre de gastar, de la dilapidación insensata. Y sobré este elemento movedizo, los esposos Enríquez habían edificado su hogar. Pero sabido es que los principios austeros, o simplemente discretos, que son las columnas que sostienen el buen techo familiar, necesitan un suelo firme donde asentarse, una economía definida, ya sea calculada sobre el jornal del hombre de trabajo, ya sobre las rentas del hombre de dinero. La negación de toda economía era el hogar de los esposos Enríquez. Como se gasta el agua de esos manantiales de vertiente continua, pero desigual, con abundancia cuando mana con abundancia, con parquedad cuando restringe su chorro de agua, pero sin pensar en el mañana, en la confianza de que jamás ha de secarse, así los esposos Enríquez gastaban un chorro de oro. Esta es la misma política finan-

ciera de la miseria. Gastar todo, poco o mucho. De ahí que en el dorado hogar de los Enríquez, los principios y las normas que sostienen el buen techo familiar, estuvieran asentados con la misma infirmeza que en la casucha abyecta del miserable.

Gloria, Margot, Rogelio, Turito, — metaplasmo de Arturito — se habían criado sin que sus padres les allegaran ninguna estaca benéfica para enderezar sus tiernos tallos. Tenían mucho que hacer los esposos Enríquez con el gasto de lo que habían ganado sin ningún trabajo, para dedicarse a emparedar a sus hijos entre cuatro ñoñerías rígidas de buena crianza. Además, Renata tenía una ocupación absorbente e impostergable, y era la custodia de su belleza, el mimo constante de sí misma, la diaria batalla ante el espejo, contra el ataque de los años, gracias a lo cual, a pesar de sus treinta y cinco, conservaba triunfante su belleza, sin que ningún ojo inteligente pudiera descubrirle grietas ocultas. En la época de que hablamos, no sería aventurado pronosticarle una juventud tan larga como la de María de Escocia o de Ninón de Lenclos. Verdad que fué previsora, pues habiendo advertido a tiempo levemente marchitada su belleza por los tributos pagados a la prole, se lo dijo a su marido. Y desde entonces, en lecho estéril por industria, el señor Enríquez había amortajado a su paternidad.

Gloria y Margot empleaban su tiempo en el baile, en la imitación de las tonadilleras, en enviar anónimos a esos *bibelots* que se llaman tenores de ópera. Su música, a la que dedicaban gran tiempo, era la que les llevaban los vientos de la calle: el último tango, la última tonadilla. Su lectura, la que estaba impresa con la tinta más maisana. Ellas mismas, hurgando en los anaqueles del librero, se daban maña para encontrar el libro oculto por la discreción del comerciante. Cierto es que no lo hacían ostensiblemente, sino que ponían

en esta busca todas las artes del disimulo, y que después de revolver un buen rato en los estantes del librero, se marchaban adquiriendo algún figurín, algún libro de misa, alguna novelita ñoña, cuyo autor fuera de bien conocida ejecutoria romántica y anodina. Pero horas más tarde, llegaba indefectiblemente a la librería una criada, trayendo escrito en un papel el título de cualquier obreja pornográfica.

Otro de los entrenimientos de las muchachas, se los proporcionaba Turito, que era un pequeño fauno impúdico. Cuando ellas querían renovar la satisfacción mil veces satisfecha de ciertas curiosidades, jugaban una mala pasada al diablillo, quien, a modo de venganza aventaba su hoja de parra, dando el espectáculo de aquel descocado y pintoresco monigote de bronce puesto en una plaza de Bruselas como motivo de fuente, cuya solución encontró el artista inspirándose en la misma solución dada por la Naturaleza en la masculinidad, a uno de los desahogos fisiológicos.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

(*Continuará*).

NOTAS

Ricardo Garzón

La muerte de Ricardo Garzón, poeta, periodista y caballero, ha puesto una nota de congoja en el ambiente.

Hombre joven, dueño de un entusiasmo púgil y de un corazón romántico, apenas si tuvo tiempo de fraguar sus quimeras y con ellas hacer sus manojos de versos, aún llenos del rocío de la mañana...

Inquietud de pensamiento y agilidad de movimiento denotan sus obras inconclusas, sus viajes peregrinos, sus proyectos de ensueño: juventud, en fin, que quiere volar y las alas ensaya...

Había fundado recientemente "Tierra de Artigas", uno de los mejores *spécimens* de revista de lujo que se hayan intentado en el Uruguay. Su éxito ya timbrábale de orgullo y reflejaba honor para el país...

A su muerte brusca y triste levantamos la frente para decir su esperanza y perpetuar con ella su nombre de caballero y de poeta.

GLOSAS DEL MES

Un caso

El niño Antonio Magnano, de 15 años de edad, se arroja bajo las ruedas de un convoy y salva la vida de una niña que, sin su intervención, habría muerto. El adolescente recibe heridas gravísimas, es conducido al hospital y muere, de resulta de ellas. La noticia es dada por los diarios en los sueltos policiales y merece algunos comentarios elogiosos al margen. Luego el niño es enterrado silenciosamente, y la vida habitual sigue...

Nada más doloroso que esta indiferencia por el heroísmo anónimo. El pequeño héroe era un alma noble del montón. Por eso no se ocuparon de él. Si hubiera pertenecido al mundo de las vanidades diarias — social, político, económico, intelectual, etc. — hubiera sido otra cosa. Se le hubiera alabado en todos los tonos, al menos por los que tenían afinidad con la familia del difunto...

Se habla todos los días, sin embargo, de democracia. Se dice que no hay más mérito que el que resulta del talento y de la acción personal de cada uno. Pero es esta una ficción engañosa, un juego de palabras, nada más. Los hechos son otros. A la aristocracia por derecho de nacimiento ha sucedido la plutocracia por derecho de conquista. El de más talento; el de mayor acción realizadora, pero virtuosa y digna; el de más envergadura moral; el más sincero y noble, es el que

triunfa? No, señor. El que triunfa es el más audaz, el de más talento para la simulación o el engaño, el de mayor acción realizadora, dentro de este nivel moral inferior, que es el plano de acción actual de casi todos los hombres. El *arrivismo* en auge...

Así, nada de extrañar tiene que del pequeño héroe, al que nadie conocía, nadie haya hecho caso. Si hubiera vivido y resultado sano, habría podido oir o adivinar — en pago de su buena acción — el comentario de la maledicencia o de la envidia, y, si mutilado, el gesto de compasión y la falta de solidaridad humana...

Está visto que ya no vale la pena de ser héroe en este mundo.

La moda

Las pastorales de los obispos condenan la moda de las faldas cortas y las muselinas transparentes....

En nuestras playas, mientras el viento fresco juega traviesamente con los bucles sueltos del cabello y los ruedos de los vestidos de las damas, ponen ellas—entre tanto — las notas claras de sus telas y el encanto de sus formas, que la moda no es osada a ocultar...

Recreo para la vista, miel para el alma acibarada, son esas pantorrillas que se exhiben tras de las medias blancas; esos bustos que se muestran en la naturalidad de sus formas, sin opresiones ni violencias, — que es esta una moda de higiene y de belleza.

No está el pecado en ella. Natural y sencilla, higiénica y hermosa y elegante a la par, es esta moda. Mas, el pecado suele estar en quien la lleva, si una intención aviesa tuerce la naturalidad de su recato — que en este mundo siempre han sido los mal intencionados los que han echado a perder las cosas buenas.

ALBERTO BRIGNOLE.

Ética de una renuncia

El doctor Morquio ha manifestado su resolución inquébrantable de no aceptar el Decanato de la Facultad de Medicina, en vista de no contar con la unanimidad de los sufragios, y de creer que la resistencia que levanta su candidatura haría malograr su programa o, por lo menos, sería un obstáculo permanente para su desenvolvimiento integral, provocando una situación de lucha que, a fin de cuentas, redundaría en perjuicio de esa Facultad.

Respetamos los móviles que lo han llevado a tomar esa resolución, aunque los creamos equivocados. La lucha es siempre manifestación de vida, y quien tiene ideas arraigadas está en el deber de aceptarla, tanto más si sus opiniones están en desacuerdo con las que predominan o han predominado en el seno de un instituto cuyo funcionamiento es de interés público y que representa uno de los más intensos factores de la cultura nacional. Por otra parte, la unanimidad sólo es lícito exigirla en situaciones extraordinarias, cuando la realización de una obra sea imposible si no se inspira una confianza absoluta, y estamos lejos de pensar que éste sea el caso del doctor Morquio. Cuando en momentos normales se produce la unanimidad respecto a un candidato, es preciso desconfiar que éste sea un tipo amorfo, sin ideales determinados, incapaz de iniciativa, y al que todos aceptan por egoísta espíritu de conservación, o con la esperanza de hacerlo instrumento de sus ambiciones o tendencias personales. A menos que sea resultado de una lamentable escasez de hombres superiores, lo que no hablaría, seguramente, muy en favor de una Facultad que ha educado ya a varias generaciones.

Con todo, si la decisión del doctor Morquio no implicara más que un error, o una debilidad, o simplemen-

te pereza para entrar en un ambiente de combate, no merecería el honor del comentario público; pero es que la renuncia de este eminente profesor — uno de los pocos a quien puede dársele este título máximo sin que la verdad se ruborice — representa la ruina de grandes esperanzas y la dispersión de muchos nobles anhelos que se habían agrupado alrededor de su candidatura por creer necesaria la presencia de un hombre sustantivo, práctico, metódico, libre de prejuicios y de influencias, al frente de una Facultad que debe estar animada por ese espíritu, en virtud de la propia índole de sus estudios

Y en verdad que aquellas esperanzas tenían su razón de ser. El doctor Morquio hubiera imprimido, sin duda, a la Facultad de Medicina, esa huella de intensidad, disciplina y obtinación que ha caracterizado toda su obra. Obrero silencioso, pero honrado, preciso y contundente, con una erudición que no se extravía en detallismos inútiles, ni le estorba para mirar las cosas con vista propia, y, sobre todo, con un concepto nítido de la misión del profesor y de la responsabilidad profesional, pocos como él han llegado a ser lo que son por méritos propios y pueden ostentar esto que nos parece imprescindible en todo el que pretenda dirigir juventudes: correlación perfecta de la prédica con el apostolado, del hecho con la palabra; de tal modo, que el ejemplo de su vida sea la mejor enseñanza.

La Facultad de Medicina, en donde, como en todas partes, abundan aquellos Pachecos glosados con tan fino espíritu de observación por el autor de Fradique Mendes, mucho hubiera ganado teniendo por director a un hombre de las condiciones del doctor Morquio. Por desgracia, éste no lo ha querido, y lo sentimos doblemente: por él, que hubiera demostrado lo que vale desde un escenario más vasto; y, por aquel centro cultural, que hubiera recibido un sano y vigoroso ímpetu de vida.

Notas bibliográficas

La Casa Iluminada —Versos por Ildefonso Pereda Valdés —Montevideo —1920.

El título, los diseños, la arquitectura, el esmero tipográfico, todo influyó para que abriéramos este libro con espíritu cordial y bien predispuesto

Sin faltar al respeto debido a la verdad, no podríamos afirmar que el autor haya defraudado totalmente nuestras esperanzas. Hay algunas composiciones ("Este cielo de mayo ", "Frente al mar apacible . ", "Señor: yo soy un labrador ", "Callejas de pueblo quieto . "), no eventas de orgánicas cualidades poéticas y, que dan derecho a suponer cosechas más ponderables para el futuro.

Pero así como tres o cuatro pinceladas bien hechas son insuficientes para salvar a un cuadro, esos cantos, cuyo mérito nos complacemos en reconocer, no alcanzan a destruir la dudosa impresión que deja el libro, considerado en su conjunto, íntegralmente, como debe hacerlo la buena crítica.

Por otra parte, es evidente que el autor no ha podido librarse de extrañas influencias. En casi todas las habitaciones de esa casa nos ha sido posible saludar a gente conocida, desde Baudelaire y Verlaine, hasta Darío, Nervo y Apollinaire Esto, naturalmente, no sería nada, porque hasta en aquellos que cultivan delirantemente la personalidad es siempre posible averiguar las sugestiones originarias. No sería nada—repetimos—si las semillas o los gajos arrancados a los árboles madres, al sembrarse en tierra propia, adquirieran nuevo vigor o, por lo menos, no perdieran su fragancia, su gracia o su frescura.

De este modo, encendiendo antorchas con fuegos de procedencia más o menos transatlántica, el autor ha conseguido iluminar una casa, pero se ha olvidado de ponerle un alma adentro; en la cual queda dicho que después de recorrer todas sus estancias, se sale de ella con una sensación de vacío y soledad, pidiendo a gritos la compañía de un ser de carne y hueso... aunque sea la de aquel perrito "con piel y un sumiso, que corre por la casa y ensucia siempre el piso", a quien el autor envidia en uno de sus cantos.—J. M. D.

La quietud del remanso.—Poesías por Juan Burghi. — Buenos Aires.—1920.

Laten en este libro con ritmo humilde y con palabra amiga, nobles anhelos y entusiasmos fáciles.

Castizo hasta parecer a veces un émulo de aquel Gabriel y Galán, dulcísimo poeta de Castilla y extraordinario cantor de "El ama", este Juan Burghi realiza con blandura, con sencillez y, sobre todo, con amor, a sus numerosos cuadros bucólicos.

No hemos de decir que es original este hombre, ya que a esta altura son muchos los americanos que cantaron la poesía solariega con verdadero acierto.

Sin embargo, notándosele aún las influencias y los desvíos, cabe a nuestra sinceridad declarar que sus versos,—como agua de remanso,—tienen esa dulzura amorosa, suave y bella que el título del volumen nos evoca.

Cuando el poeta deje sus amistades literarias para ser más él, en vez de hacerlo como los otros, y cuando también haga su poesía frente al paisaje que describe y no en el encierro de su biblioteca, imaginándose las cosas sin haberlas visto o con una simple remembranza de ellas creemos de firme que habrá logrado definir una personalidad tallada en ese material de que están hechos los poetas verdaderos...—**T. M.**

Alberdi, la Argentina y el Paraguay.—Por Juan Stefanich.—Asunción—1920.

La Biblioteca Paraguaya del Centro Estudiantil de Derecho viene publicando una serie de volúmenes que acusan un movimiento intelectual activo en la juventud del país hermano. Los estudios históricos y sociológicos ocupan el primer lugar. Pero, al lado de ellos, dos volúmenes, el uno anterior, de Juan Vicente Ramírez, sobre "Visiones uruguayas" y el otro actual, de Stefanich, sobre la Argentina y Alberdi, traducen un noble afán de fraternización espiritual en aquella juventud briosa y entusiasta. Por lo que esto supone de nobleza y altura de sentimientos, en esta época de chaturas afectivas, y por lo que este volumen contiene de savia juvenil y generosa, felicitamos al autor y a la tierra del Paraguay en este reverdecer de sus esperanzas y su vida...—**A. B.**

Espejos nativos.—Versos por Julio Díaz Usandivaras.—Buenos Aires.—1921.

La musa de este poeta se nos presenta en este libro sencilla, sin complicaciones, como cuadra a los motivos que lo han inspirado, todos ellos sugeridos por el simple espíritu o el silvestre panorama campesino.

De esto se desprende ya un elogio para su labor, porque, evidentemente, pocas cosas revelan más la verdad del sentimiento y la existencia de un poeta que la armonía perfecta del tema que promueve la sensación y la expresión que la exterioriza.

Pero Usandivaras no cae en el pecado de la mayor parte de los que cultivan la sencillez; no confunde lo simple con la simpleza, ni lo común con lo vacuo. Sabe arrancar al paisaje vulgar o al episodio cotidiano su esencia poética, deteniéndose cuando la agota, por lo cual se desprende de casi todas sus composiciones un enérgico lirismo.

Choca por eso encontrar algunas veces prosaísmos de necesidad muy dudosa para subrayar una impresión y, sobre todo, de evidente mal gusto. En el poema titulado "El buen año"—pongo por caso—toda la segunda cuarteta podía ser suprimida con ventajas, porque nada aporta—a no ser una nota chirriante—en un cuadro alegre de abundancia y bienestar. Pero, volvemos a repetirlo, en general el libro se mantiene conservando un tono lírico intenso y de buena cepa.

Además, encontramos en la poesía de Usandivaras un elemento que ha sido abandonado o poco menos, por los líróforos que aman cantar nuestros asuntos campesinos y cuya vena cultivaron con tanta maestría los antiguos payadores, con los cuales el autor—lo decimos en su honra—parece tener un lejano parentesco. Nos referimos a la gracia; no, naturalmente, la que emana del gracejo andaluz o del grueso epigrama, sino la que emerge de la amable ironía y es fruto de la experiencia y de una sabia concepción de la vida.

Queremos señalar, para concluir, porque nos parece el punto apicular del libro, la composición titulada "La Laguna", bellamente concebida y de un graficismo singular. "Por el camino se ve—venir una yegua flaca:—llega, huele y se retira—triste, la cabeza gacha... —Los patos cruzan silbando—muy arriba, muy arriba..." Es imposible no ver esa laguna absorbida por el fuego de un terrible verano nuestro, en cuyas orillas resecas los esqueletos blanquean "y que parece evocar en la grave hora nocturna, cantos de ranas y sapos"...—**J. M. D.**

El maravilloso viaje de Nils Helgersons a través de Suecia, por Selma Lagerlof.—Barcelona.—1920.

De mucho tiempo atrás, era anunciada esta gran obra, el "Quijote de los muchachos suecos", como le dicen Bjornberg y Clavel, epopeya familiar que sirve de pretexto para mostrar el alma de Suecia y los sorprendentes paisajes hiperbóreos. Es un libro realmente extraordinario, hasta el punto de haber merecido, en 1909, el premio Nobel, y actualmente se lee en las escuelas de la nación norteña como se lee el "Quijote" en los colegios españoles. Selma Lagerlof, sin duda, es un ser excepcional. Su vida fué durísima, necesitando ganarse el sustento y, sola, hízose de una cultura enorme, para escribir después los libros que más se admiran hoy en Escandinavia. Entrar en los vergeles de estas literaturas, para nosotros exóticas, es ya un encanto. En "El maravilloso viaje" hay más: nuestro espíritu re-

florece como los campos tras estas lluvias benéficas de la primavera.—**V. A. S.**

Costa y el problema de la educación española, por Edmundo González Blanco.—Barcelona.—1920.

Cuantos se desviven por problema tan fundamental como el de la educación, que es algo más que mandar los chicos a la escuela y a la Universidad los mozalbetes, tienen con la obra de González Blanco, que en muchos capítulos viene a ser una hábil compilación, vasto panorama, que sume el espíritu en un océano de meditaciones.

Joaquín Costa, "El león de Graus", como llegó a denominársele, fué un hombre de espíritu formidable, que arrojó millones de verdades sobre las cabezas de sus compatriotas, ofuscados por el resplandor de la antigua gloria bélica. Nadie como él dijo lo que sucedería si España iba a la guerra con Estados Unidos. Pero esto fué una actitud y lo formidable en Costa, albañil, agricultor, pedagogo, jurisconsulto, catedrático, etc., es la obra multiforme que dejó tras de sí. El aspecto que González Blanco ofrece representa una arista extraordinaria.—**V. A. S.**

Avellaneda.—Estudio biográfico de Aníbal Norberto Ponce.—Buenos Aires.—1920.

No deja de ser simpático esto de ver espíritus bien orientados literariamente, que se afanan buscando, en las fuentes históricas, hechos que permitan definir—mejor de lo que fueron hasta el presente—la personalidad de los grandes hombres. Aníbal Norberto Ponce, en su bosquejo de Avellaneda, se muestra ecuánime, lo que da a sus afirmaciones un mayor valor. Si transciende la simpatía, faltan las vehemencias idólatras, que dejan sin valor otras semblanzas que nosotros conocemos, hechas por compatriotas de este autor. Un lenguaje suelto, más de publicista moderno que de historiador presuntuoso, permite enterarse de la obra sin fatiga.—**V. A. S.**

Dulces visiones.—Pebetero espiritual.—Versos por **Gastón Figueira.**—Montevideo.—1920

Admira la fecundidad de este novel autor. Según anuncian sus libros, ha escrito en el pasado año, a más de los dos que comentamos, "Jardines otoñales", "Las tardes de amatista" y "El alma de la rosa". En conjunto, cinco tomos de poesía. ¡Y pensar que muchos de los más grandes poetas de la humanidad murieron viejos y apenas escribieron uno!...

Además, el autor tiene su concepto. "Considero la poesía—dice—como una esencia espiritual, tan pura, sutil y enigmática, que escapa a todo proceso de fijación y aprisionamiento matemático. Sabemos

lo que es porque nos arrulla, nos hechiza, dándonos el miraje de un mundo en el que dominan la espontaneidad, la sinceridad, el desinterés y el amor y emoción puros" .. y así una larga tirada que se repite en los pórticos de los dos libros.

Esto impresiona mal. El autor, según se nos dice, tiene poco más de tres lustros y a esa edad, como en todas, pero mucho más que en otras, cualquier tono de magister resulta intolerable. No pensamos, por otra parte, que se necesiten tener conceptos, ni siquiera que haya necesidad de averiguar los ajenos, para ser un excelente ruiseñor.

Figueira tendrá que cultivar pacientemente sus cualidades — que las tiene — y despreocuparse de conceptos y otros menesteres hiperbólicos, si quiere alcanzar algún objeto más sustancial que el de dar cinco libros por año. Y, sobre todo, defenderse de su fácil fecundidad, que es, por ahora, el mayor de sus enemigos.

Y es precisamente porque vemos en él una promesa, que nos permitimos hacerle estas ligeras reflexiones.—**J. M. D.**

Maula!...—Por Otto Miguel Cione.—Montevideo—1920.

Son nueve cuentos y novelas cortas, entre las cuales figura la que da título al volumen y que fué justamente premiada en el concurso verificado por el diario "El País" de Buenos Aires, el año 1901.

En números anteriores de PEGASO, con motivo de otro de sus libros, "Caraguatá!...", tuvimos ocasión de exaltar los indiscutibles méritos del autor. Este libro obliga a subrayar aquellos conceptos y reafirma el derecho del autor a ser colocado jerárquicamente, junto con los mejores cultores de la literatura narrativa en el Río de la Plata.

Agudo en la observación, rico de fantasía, fácil de lengua, con un gran bagaje de conocimientos y siempre interesante, el autor sabe explotar pingüemente sus condiciones naturales y los légamos de la experiencia. Si a esto se añade que conoce al dedillo todas las triquiñuelas de la técnica, se comprende que sea Cione uno de los autores destinados al éxito y la popularidad, el día que nuestros hombres se convenzan de que tienen dentro de fronteras quienes pueden ofrecerles manjares espirituales tan buenos, si no mejores, que los que se importan de ultramar.—**J. M. D.**

Etapas de mi vida.—Por Fidel Maíz.—Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho.—Asunción.—1919.

Libro destinado a una defensa personal en una violenta polémica de carácter histórico, este libro contiene no pocos documentos y argumentos en favor del lopismo, que se viene alzando entre la juventud paraguaya como si fuera un viejo sol que va a renacer sobre sus cabezas, por la gracia joven de tantos brazos levantados...

No podemos entrar a juzgar el fondo del libro surgido de una

cuestión personal, ni tampoco la forma del mismo, empañada frecuentemente por los más agrios epítetos con que el autor califica a destajo a su adversario.

Dejamos, empero, constancia de nuestro entusiasmo por ese grupo estudiantil de la Biblioteca de Derecho, que trabaja con amor y con fe por la grandeza de su patria, editando en breve tiempo numerosos volúmenes que revelan la fuerza púgil de una intelectualidad constructiva y valiente —T. M.

La cosecha de otoño.—Poemas de Julio Vicuña Cifuentes.—Santiago de Chile.—1920.

Contiene este libro poesías de juventud y de madurez, poesías de 1899 y de 1917. "Tal vez no todo es trigo", como dice el autor, pero resultaría innegable el dominio técnico, el idioma castizo y el afán de belleza. Amor, desdén, ensueño, arden con una serena triple llama, dentro de las páginas del volumen. Acaso, pocas veces se ha concretado tan bien una vida en un libro de versos. El título está bien puesto, pues.

Vicuña Cifuentes es, por otra parte, correspondiente de la Real Academia Española en Chile, y ese solo diploma basta para autorizar un buen libro.

Consagrado entonces, el autor no ha menester de nuestros elogios, cumpliendo únicamente a nuestra cortesía reverenciar su blanco y lírico penacho.—T. M.

Biblioteca Poética.—Ediciones mensuales.—"Del Carrillón íntimo".—Versos de Emilio Menéndez Barriola.—Buenos Aires.—1920.

Si el primer cuaderno de la Biblioteca Poética ofrecía un hermoso haz lírico que fué recibido con especial regocijo nuestro, no otra impresión nos deja este segundo volumen que reune los versos de Menéndez Barriola. Trátase, en verdad, de un poeta y de un seleccionado conjunto de poesías. Si ellas son o no "la condensación de una vida", como lo quiere el prologuista, nosotros no pudiéramos afirmarlo positivamente, aunque como expresión de vida tenemos que tomarlas... Sabor clásico, madurez serena, emoción natural, son virtudes propias de estos versos, que saben indiscutiblemente a cosas eternas... Hay más aún: su corazón,—"carrillón ambulante y romántico",—está con nosotros y nos pertenece... Y puesto que es así,—a pesar de cualquier otro detalle de técnica,—rindámosle nuestro homenaje.—T. M.

Historia general de la ciudad y el Departamento del Salto. José M. Fernández Saldaña y César Miranda. — Imprenta Nacional. — Montevideo.—1920.

El Ateneo del Salto, que ha sido siempre un centro activísimo de la vida intelectual de la ciudad, hizo en el año 1912, un llamado a

concurso para una obra a que desarrollara la historia del Departamento, en todas sus manifestaciones: medio ambiente, vida política, social, económica, intelectual, etc.

Viejos amigos nuestros e hijos, como nosotros, del solar salteño, son los autores de la obra que resultó premiada en el concurso y que —ampliada hasta nuestros días—acaba de aparecer. No obstante esto, nos proponemos hablar a su respecto, si bien con el cariño que las circunstancias nos inspiran, con la sinceridad también que nos es habitual para estas cosas.

Ya la hemos puesto a la prueba del fuego en varias ocasiones, y en el año 1900, en el Consistorio del Gay Saber, con otros cuatro compañeros, fuimos jueces y partes en un concurso poético, en el que, las demás personas, especialmente invitadas por nosotros mismos, sólo actuaron en calidad de testigos y de oyentes... Y es fama que el fallo fué justo y equitativo; y las razones, minuciosamente discutidas, constan en un acta cuyo original se conserva. Aquel espíritu romántico y sincero alienta aún en mí y espero que ha de perdurar el mismo, a pesar de todo, hasta que Dios diga...

***

Un gran amor, casi hasta devoción por la obra emprendida se respira en este libro. Dejo aquí el lujo de pequeños detalles, a las veces casi familiares, y la hipérbole de algunas alabanzas. Pero si estos defectos surgen de tan fuente, bueno es consignar también que de ella derivan a la vez sus mejores cualidades. El amor por la obra la ha hecho hacer bien, por ella misma, para la perpetuación de las cosas del Salto, y en ella no han intervenido para nada pequeñeces de comadre o apasionamientos partidarios. Ha resultado así una verdadera historia del Departamento y ojalá contáramos una semejante para cada uno de los demás de la República. Decir esto es decir — seguramente — su mejor elogio. Pero, al lado de éste, cabe establecer ahora nuestra crítica, que concierne, sobre todo, a defectos de construcción. Hay así, por ejemplo, evidentes desequilibrios de estilo, más acentuados de lo que la dualidad de autores haría suponer; de sistema, que se ponen en evidencia ante la falta de proporciones existentes entre los capítulos dedicados a la Instrucción Pública, la Industria y la Ganadería de una parte, y las Letras de la otra; de información, abundando a veces los detalles poco interesantes y faltando, otras, datos más importantes y hasta de juicio, dedicando una palabra solamente a cosas de real fuste y elogios más abundantes cuando la parquedad hubiera sido mejor...

Son estos reparos o de detalles, que dejan incólume la nobleza fundamental del libro, por lo cual merecen plácemes los autores y el Instituto del Ateneo que lo prohijó.—A. B.

El hombre que quiso amar.—Vicente A. Salaverri.—Novela nacional.—1920.

La importancia que la obra del señor Salaverri asume en la literatura nacional es cada día mayor; y quienes veníamos siguiéndola con interés, ya que ahora encontramos agrado en ella, debemos examinar con calma esta modificación de nuestras ideas.

En sus últimas producciones es bien notoria una renovación, que, a nuestro juicio, finca en un mejor manejo del lenguaje. Su destreza en la elección de argumentos no es de ahora, ni es tampoco simple habilidad periodística; pero malograba su labor expresándose en un español no bien aderezado.

Sugestiones visibles alteraron la fluidez nativa, cortándola en cláusulas breves y exornándola con vistosos ringorrangos; quienes amamos la sencillez por sobre todo, no leíamos con gusto.

Agregamos nuestra sospecha de que el señor Salaverri miraba demasiado para adentro de España en sus lecturas Y ello no es bastante. Observó cierto español, verdadero maestro, que para escribir buenos endecasílabos fué necesario italianizar el idioma; y nosotros, por inevitable atrevimiento, llegamos a pensar cosa parecida; esto es, que para escribir un español sencillo y elegante, es necesario afrancesar el idioma, estrechando mucho el comercio con los señores de allende los Pirineos, sin tomarles nada, que no es menester.

¿El señor Salaverri hace esto? Ignoramos pero comprobamos el cambio. Actualmente se desempeña de manera encomiable, sin haber perdido las cláusulas que muy frecuentemente dividen el discurso, ni ciertos desaliños que alteran la prestancia natural del español; pero en claridad y sobriedad muy aparentes para que la atención del lector guste ampliamente sus ficciones.

***

He ahí, según nuestra creencia, el eje de esa renovación, por la cual esta novelita se lee con tanto placer como la última que fué elogiada en estas páginas.

Cabe decir, en buena justicia, que la psicología de Migues se resiente de la velocidad inconstantemente acelerada con que el señor Salaverri lo maneja. Pero las demás personas están en su papel, y el retablo bien armado con gran acopio de finas observaciones que lo realzan.

Mas encontramos elogioso, sobre todo, el fin de las dos pasiones que en la novela se agitan. Afortunadamente huyó el autor de cualquiera trivialidad, cuya blandura fuera grata a sensibilidades enfermizas; y en la animación creciente de su relato halló una solución dura, pero admirable de sincera, pues es impuesta por la carne, todo lo baja y miserable que se quiera, pero siempre todopoderosa.

El señor Salaverri ha vuelto hacia un estilo más sencillo y agradable: sabe encontrar excelentes motivos para sus obras; y ahora cabe en su ángulo visual nuestra campaña, cantera rica como la de las almas urbanas. Con esos elementos podrá escribir muy buenos libros.

Nosotros quedamos en el puerto, viendo partir las galeras.—**E. S.**

Superhombre.—Rómulo Nano Lottero—Minas.—1921.

Ditirambo dice la carátula. ¿Pero se ajusta al uso corriente del vocablo todo lo que a D'Annunzio le dice el señor Nano Lottero?

En esta página no hay ningún elogio desmesurado, pues cuanto expresa el escritor, en ese lírico revuelo de coruscantes invocaciones, cuadra muy bien al "poeta-héroe", sin que le sobre nada.

¿Entonces?... Nuestro léxico de antiguedades griegas nos aclara el punto. El ditirambo comenzó en himno a Dyonisos, ejecutándolo un coro que cantaba alrededor del altar del dios; de ahí evolucionó para concluir en la tragedia Ese es el camino del señor Nano Lottero, pues nos ofreció el primer período de su férvido entusiasmo; luego vendrá el de la tragedia, correspondiente al último tiempo del "poeta-héroe" en el abandono de su imperio fugaz

***

Mientras, cerramos los ojos, pues nuestras retinas guardarán largo tiempo esta lectura, como guardan esa floración multicolor e inverisímil, en la negrura de la noche, mucho después de haber cesado los fuegos artificiales.—**E. S.**

El Rosal del Ermitaño.—Rafael Heliodoro Valle.—San José de Costa Rica.—1920.

Sólo por coquetería pudo hablar el prologuista de esos defectos que teme existan en el pequeño libro; lo que existe es un varón diferente al que se nos presenta con superfluo ceremonial, pues cuando uno cree que el señor Rafael Heliodoro Valle moja su pluma en tintas desmayadas o evanescentes, tras poco leer aparecen recias historias en cuya primorosa y bella urdimbre se presume un buen escritor.

"... tiene el amor de las palabras", pone el prologuista, y esa afirmación cae en nuestro espíritu rebotando con sentido inquietante. ¿Es amor de simples combinaciones eufónicas, huecas, aunque sorprendentes por su melodía y sonoridad?

***

Vana inquietud. El señor Rafael Heliodoro Valle no es otra cosa que un mortal poseedor de un tropismo no común, por el cual su

cerebro responde a las estimulaciones consentidas por su buen gusto, en un automatismo de sugestiva belleza, pues su vocabulario es justo, y, además, luce un arcaico atildamiento que cuadra muy bien a los motivos del libro.

Y he aquí por donde realzar otra virtud del autor; hay en el libro muchos motivos que saben a dulzona intimidad, como si en el tránsito del corazón al pensamiento no hubiera influencia que quitara nada a la impresión original; pero hay los otros de áspero sabor tradicional, género literario que reclama aptitudes tan altas y diversas, que no siempre es posible hacer en él labor de sustancia

Y el señor Rafael Heliodoro Valle la ha hecho, sin que quepan dudas.

***

No arriesgaremos decir que el insigne peruano, maestro del género, haya sido superado; mas pondremos que si este autor persevera, no ha de ser muy diferente la gloria que le cuadre.

Pero ha de perseverar en todo, motivos, sistema y actitud; ponemos lo último, porque el señor Valle no ha de trabajar como un "quidam" cualquiera, nos parece verlo en una habitación encalada que se abre a una grata solana; con un jubón de rojo terciopelo se sienta ante la hoja de papel crujidor; en la mano una pluma de ave eminente. Y es así que siempre debiera escribir.—E. S.

"Fígaro". Revelaciones y epistolario inédito, por Carmen de Burgos (Colombine).—Madrid.—1920.

La gran escritora nos dedica un ejemplar de su magna obra como "hermanos en "Fígaro" y, en verdad, bien hermanos espirituales nos sentimos después de la lectura. Están ahí varias colecciones de periódicos, con el "Carnet de un hombre de este siglo" y está "La comedia de la vida", quizá el libro nuestro que apreciamos más, para probarles a los críticos del porvenir, cuán estrecho fué nuestro parentesco con Larra. Y en cuanto a "Colombine", dió ya inequívocas notas. Mencionaremos un banquete que ofreciera hace pocos años, en compañía del original Gómez de la Serna, al propio Mariano José. Claro que "Fígaro" no acudió, pues mal podía hacer lo que el Comendador en el drama de Zorrilla. Pero como el sitio de honor en la larga mesa estaba vacío, y como todos los concurrentes eran artistas, y de consiguiente, tenían mucha imaginación, todos vieron el rostro moruno de Larra, con su barbilla florida y el alto tupé triunfal, presidiendo el "ágape". Por cierto que discursos y poesías dijéronse como si Larra se encontrara presente. Y en el largo estacionado silencio final, no faltó quien creyera oir la voz varonil del "Bachiller Niporesas".

Pero faltaba esta obra para que "Colombine" pudiese que ningún

otro escritor contemporáneo ama y comprende mejor que ella a "Fígaro", el maestro de todos nosotros. Su libro es un verdadero estudio biográfico en que no faltan las prescripciones de Taine Se estudia el ambiente de aquella época. Hay una admirable evocación del viejo Madrid. Concluída la lectura—con la acidez del drama—nos parece que hemos vivido varios años entre los frívolos contemporáneos de "Fígaro". Nos parece haber tratado al doctor Mariano de Larra—padre del ingenio—, médico de talento, pero tan ciego para todo lo que no fuese su profesión, que ni siquiera descubrió la suerte de cerebro que tenía al lado. Y perdonamos a Pepita Wetoret, la esposa de "Fígaro", pueril e incomprensiva, de la que se tuvo que separar; y nos compadecemos por la orfandad de los hijos; y nos irritamos ante la hermosura de aquella Dolores que mató a nuestro maestro al decirle "adiós para siempre". Porque lo mortal, en rigor, no fué la pistola, sino la crueldad con que Dolores Araújo había jugado con el corazón de aquel gran "sentidor" que fué Larra.

En su afán de hacer un estudio completo, "Colombine" presenta todos los aspectos de la vida de Larra, mediocre político, buen dramaturgo con "Mascías", periodista maravilloso y caballero de lo más cumplido. Esto último es muy importante, porque al suicida de la calle Santa Clara, desde que murió, se le ha querido presentar, ya que no intelectual sin relieve, hombre sin gran nobleza, atrabiliario y bilioso. Porque, ¿cómo había de ser buen espíritu el crítico de tantas y tan estúpidas flaquezas humanas? Las cosas... amargas, las dicen los envenenados. ¡Qué error! Sólo un corazón noble, que sufre con la maldad y la estulticia, puede aspirar a corregir a sus contemporáneos, haciendo más feliz el ambiente para las generaciones venideras.

"Colombine" puede estar orgullosa. Su pintura moral e intelectual de Larra, si no es un retrato, merece serlo. Descuella al describirnos el suicidio de "Fígaro". Su relato de la última entrevista con la Araújo es de lo más patético Libro de crítico, de periodista, de historiador... y de mujer. Porque sólo una mujer es capaz de ofrecernos un alma grande como se haría la dádiva generosa de un cuerpo estatuario.—V. A. S.

Raza y Patria, por Arturo Castro García. Obra premiada por el "Ateneo de San Salvador", con ocasión de la celebración de "La fiesta de la Raza", en el CLXXVII aniversario del descubrimiento de América.

Empezaremos por confesar paladinamente que nuestra mentalidad no alcanza a comprender la importancia ni el entusiasmo con que en América—fuera del Plata—se suele hablar de las cosas y las glorias de la Raza. No porque no las sintamos, sino porque no nos bastan ellas solas para nuestras vidas. Así como la altanería de los hijos, basada puramente en la buena posición de sus padres, es

vanagloria que sólo conduce al propio desastre o al de la descendencia, del mismo modo es infantil y gravemente pernicioso para los pueblos la exaltación hasta el ditirambo de su pasado, cuando no se procura mejorar sus condiciones de presente, en vista de un constante perfeccionamiento de futuro... Hablamos así, porque, aunque el propio autor reconoce que "todos los pueblos de la tierra tienen sobrado derecho a triunfar, toda vez que sus capacidades puedan llevarlos a ello", termina su libro diciendo que "las repúblicas americanas deben unificar sus destinos espirituales con los de la Madre Patria, para salvar su civilización del abismo en que se la quiere hundir por otros pueblos más favorecidos por la fortuna".

En este palabrerío de joven inexperto, aunque bien intencionado, no tiene en cuenta el autor que esos otros pueblos a que se refiere, no son favorecidos por la fortuna sino por las propias capacidades de que hablaba anteriormente, y que las civilizaciones sólo se salvan cuando son tales, esto es, cuando se forman cualidades positivas de mejoramiento y no simplemente cuando traducen cristalizaciones de pasado... Si los pueblos hispanos de América quieren triunfar en la justa de la Humanidad, deben labrar ellos mismos sus propios destinos, no uniéndolos—espiritual o corporalmente—a nadie, sino afirmando la propia personalidad con obra propia. Lo cual no quiere decir que una gran simpatía o un profundo afecto no nos ligue con la fuente de la raza y que el orgullo de su pasado no les sirva para exaltar sus cualidades de presente...—**A. B.**

Prismas.—Por Teresa Santos de Bosch (Fabiola). — Montevideo. —1920.

La señora Santos de Bosch, que ya había popularizado su pseudónimo de "Fabiola" en las páginas de "La Razón" y "Diario del Plata", en donde, como directora de la Sección Femenina, realizara una campaña loable por más de un concepto, acaba de publicar una serie de impresiones literarias y cuatro cuentos, bajo el título de "Prismas".

Prologa el libro don Antonio Bachini, el cual, en la forma que sabe hacerlo, expone los méritos indiscutibles que otorgan a su autora el derecho de ser colocada entre las figuras femeninas que se perfilan con caracteres más enérgicos dentro de nuestro escenario intelectual.

Sutilidad de observación, elegancia de estilo, habilidad innegable en el manejo del pincel, todo como tamizado a través de una gran bondad, y, por lo tanto, imbuído de un sentimentalismo intenso y sano; tales nos parecen ser las cualidades salientes de este libro, el que, sin duda alguna, ha de dar mayor relieve a la ya prestigiosa personalidad de su autora.—**J. M. D.**